

Resolvió, pues, negociar con Puylaurens, salvo sacrificarlo mas tarde, le mandó ofrecer la mano de la señorita de Pontchâteau, una de sus sobrinas, con un ducado, la pairia y treinta mil libras de renta, si queria determinar al príncipe á volver á Francia y á someterse.

El negocio fué concluido. Con todo Puylaurens vaciló en aceptarla, porque sabia de que era capaz el cardenal; pero acabó por persuadirse de que siendo sobrino de Richelieu y cesando de intrigar contra él, no tendria nada que temer y aceptó. El negocio fué concluido. Gaston, á solicitud de su favorito, fué á habitar en su palacio de Blois, y Puylaurens, duque y par, rico y sobrino del cardenal, siguió siendo el amigo íntimo de ese príncipe conspirador, siempre pronto á sacrificar á los que le eran mas adictos.

Sin embargo, era preciso que Richelieu quedase satisfecho. Gaston llevaba una vida muy retirada. No se transparentaba nada de lo que pasaba en ese retiro. Esto era bastante para dar nuevas inquietudes al cardenal, quien ofreció á su sobrino Puylaurens el baston de mariscal, si queria instruirle secretamente de todas las acciones del príncipe. El duque no dejó conocer nada de la indignacion que le causó esa proposicion. Creyó que en esta circunstancia, lo importante era ganar tiempo, y eludió en cuanto pudo, responder categóricamente.

Mientras esto pasaba, unos oficiales españoles á quienes el príncipe habia conocido en los Países-Bajos, yendo á Blois, fueron brillantemente recibidos por Gaston, por sus favoritos, y sobre todo por Puylaurens.

Súpolo Richelieu, y no dudando ya de que se tramaba alguna nueva conspiracion, representó al rey que no habia nada que esperar de su hermano, mientras que estuviera rodeado de esos príncipes inquietos que tantas veces le habian lanzado á la sedicion, y á cuya cabeza estaba el duque de Puylaurens, de quien á pesar de los lazos de familia que les unian, no vacilaba en denunciar las culpables maniobras, debiendo ser los intereses del rey, ántes que cualquiera otra consideracion.

Luis XIII se manifestó conmovido por esa adhesion que obligaba al ministro á sacrificarlo todo para servirle, y como siempre, dejó á Richelieu dueño de obrar como le pareciera.

Tratábase de hacer ir á Paris á Gaston y á sus amigos. Pronto se halló medio de lograrlo. Era el fin de Enero de 1635; acercábase el carnaval: Luis XIII por consejo de Richelieu, mandó hacer en el Louvre grandes preparativos de fiestas, y corrió la voz de que nunca se habia visto en la corte de Francia nada mas maravilloso. Al mismo tiempo, el rey hizo saber á su hermano, que sentiria mucho no verle en las fiestas, cuyo brillo aumentarían él y sus amigos.

—Vamos, señores,—dijo Gaston encantado,—el rey os convida á gozar de los grandes festines que se preparan; me agrada obedecer sus órdenes, pero el ruego me conmueve; mañana partiremos.

Dos dias despues, el príncipe y su acompañamiento llegaban al Louvre. Las

disposiciones de las fiestas eran tales, que el mismo duque de Puylaurens sintió aumentarse sus sospechas, y como era hombre de placeres y muy bailador sobre todo, no pensó mas que en hacer valer sus ventajas personales. El 14 de Febrero, hácia las dos de la tarde, hallándose en las habitaciones del rey, ensayaba el baile en que debia figurar la misma noche, cuando pasó el cardenal.

—Es muy lindo, sobrino mio; pero es muy frio: cuando fundiremos este yelo?

—Bien pronto, señor; ahora que está cerca del sol. (1)

El cardenal no replicó, y Puylaurens continuaba sus ejercicios coreográficos, cuando el capitán de las guardias fué á decirle que tenia orden de asegurar su persona.

—Ah! mi querido tío,—dijo Puylaurens,—qué bien os reconozco en esto!

Y entregó su espada sin dificultad.

Al mismo tiempo arrestaban á du Fargis, á Ducoudrais, á Montpensier, á Charnière y á Basari, secretario de Puylaurens.

Hácia las ocho de la mañana del dia siguiente, Puylaurens, du Fargis y Basari, fueron conducidos á Vincennes por Ballouet, enseña de los guardias, hombre duro, implacable, quien tenia mision de guardar al duque en el Torreón, con ocho guardias de corps. Los otros fueron encerrados en la Bastilla. Gaston, siempre cobarde y sin corazon, se limitó á decir al rey su hermano que no pensaba que Puylaurens fuese culpable; pero que si lo era, no creia deber interceder en su favor.

El duque de Puylaurens no debia languidecer mucho tiempo en su prision. Hácia mediados de Junio, cinco meses despues de hallarse preso, fué atacado de una enfermedad, que como siempre sucedia en semejante circunstancia, burló la ciencia de los médicos. Unos la atribuyeron á las pesadumbres, otros dijeron que era un tabardillo, y los que veían mas claro, afirmaron que era una *fiebre cardinal*, semejante á la que habia atacado al mariscal de Ornano, y al caballero de Vendôme, gran prior de Francia.

En cuanto al cardenal, cuando supo la muerte de Puylaurens, su sobrino, acaecida el 30 de Junio de 1635, dijo:

—Qué aire tan maravilloso es el del bosque de Vincennes! Hace morir á las gentes de una misma manera!

Tres dias despues de la muerte de Puylaurens, du Fargis y Basari fueron trasportados á la Bastilla, de donde no salieron sino algun tiempo despues; pero no por eso dejó el Torreón de estar bien habitado; habia en él un gran número de prisioneros de guerra, de los cuales los principales eran Colorado, jóven oficial de grandes esperanzas, hecho prisionero en Lorena por el marques de la Force; muchos oficiales generales españoles y alemanes; el conde de Lamboy, Mercy, Laudron, el baron d'Eghenfort y el famoso Juan de Werth, partidario

(1) *Memorias de Montrésor*, testigo ocular de los hechos que refiere.

aleman, hecho prisionero por Turena despues de haber llegado con sus bandas casi bajo los muros de Paris.

Tambien habia allí brujos, entre otros, uno llamado Dubois, antiguo capuchino, que se habia casado despues de haber colgado los hábitos, y que pretendia haber encontrado la piedra filosofal.

Richelieu, quien al principio le hizo sufrir toda clase de tormentos, le hizo prometer su libertad y brillantes recompensas, con la condicion de que haria delante de él la trasmutacion de los metales.

Dubois respondió que la cautividad era un obstáculo para el buen éxito de las operaciones, y Richelieu para vencer ese obstáculo, hizo que ahorcaran á Dubois.

Tambien se hallaban presas la baronesa de Beausoleil y su hija, acusadas de dedicarse á buscar tesoros por medio de una vara mágica, y quienes segun las apariencias, no habian hecho un uso muy fructuoso de esa vara mágica, porque en su prision les faltaban vestidos y las cosas mas necesarias para la vida; y habrian muerto allí de miseria, si no hubiesen sido socorridas, así como el baron de Beausoleil, encerrado en la Bastilla, por el ilustre abad de Saint-Cyran.

El abad de Saint-Cyran, Juan Duvergier de Hauranne, nacido en Bayona en 1581, habia sido encerrado en 1638 en el Torreón de Vincennes, de donde no salió sino en 1643, despues de la muerte de Richelieu.

Los jesuitas lo acusaban de jansenismo, y esto era un crimen capital.

Siendo aún muy jóven, este abad habia dado prueba de gran capacidad por la publicacion de un pequeño tratado intitulado *Cuestion real*, en la que examinaba en qué estremidad podia estar obligado el súbdito de salvar la vida de su príncipe á costa de la suya.

En vano el cardenal de Richelieu habia intentado atraérsele.

El abad habia rehusado sucesivamente, los obispados de Clermont, de Bayona y de Dôle, para consagrarse esclusivamente á la direccion de la conciencia de los religiosos de Port-Royal.

No se necesitaba mas para atraerse el odio de los jesuitas.

Se le acusó de toda clase de maldades, y Richelieu, que no necesitaba mas que un pretexto para vengarse de sus desdenes, le hizo aprehender y conducir al Torreón de Vincennes, el 14 de Mayo de 1638.

El abad de Saint-Cyran era tan generalmente amado, que todos los dias, una multitud de personas de todas clases iba á preguntar por él.

No se le hablaba; era preciso conformarse con la voluntad de los carceleros; pero estos mismos no tenian dificultad en convenir en que el abad era un santo.

Los canónigos de la Santa Capilla, los soldados, los pobres, los grandes señores, le profesaban la misma veneracion.

Hé aquí respecto de esto, el testimonio de un hombre que no puede ser sospechoso.

El 14 de Enero de 1641, el cardenal de Richelieu, hacia representar un magnífico baile en el palacio Cardenal, y quiso que los generales extranjeros

que estaban presos en el Torreón, asistieran á esa fiesta con el fin de que mas tarde pudiesen elogiar en sus naciones su magnificencia.

En el número de los generales estaba el famoso Juan de Werth, de quien ya hemos hablado.

Como este, despues del espectáculo manifestaba su admiracion, el cardenal le hizo preguntar qué era lo que mas le habia sorprendido de lo que acababa de ver.

—Lo que mas me sorprende,—respondió,—es ver que en un país donde el rey se califica de *cristianísimo*, los obispos estén en la comedia, mientras que los santos están en la prision.

El 3 de Diciembre de 1639, dijo un historiador, el ilustre abad obtuvo el permiso de cambiar de aposento y de ser puesto en otro en que el aire fuese ménos vivo.

Bouthilier, marques de Chavigny, entonces gobernador de Vincennes, no era un mal hombre; pero estaba imbuido en viejos errores, y no creia que le fuese permitido tratar á los presos de cierto orden como si fuesen gentes libres.

En vano muchos grandes personajes y aun el mismo príncipe de Condé, hablaron al cardenal en favor de su digno abad.

—Sabeis bien,—respondió Richelieu al príncipe,—por qué hombre intercedis? Es mas peligroso que sus ejércitos. Mirad mi catecismo, ha sido impreso veintidos veces! Digo en él que la atricion basta con la confesion; y él pretende que es necesaria la contricion.

Pero, si el cuerpo del abad de Saint-Cyran estaba cautivo, su espíritu estaba libre.

Inútilmente se habia recurrido á toda clase de precauciones para impedirle que escribiera.

Poseedor de una lámina de plomo que sabia ocultar á todas las miradas, y de fragmentos de papel que se procuraba, él sabia como, escribia sin cesar, y del Torreón de Vincennes salieron sus principales obras *sobre el sacerdocio, sobre la pobreza, sobre el pueblo, &c. &c.*

Ningun hombre ha dado nunca limosna de una manera mas ingeniosa.

Sabiendo que á la baronesa de Beausoleil y su hija, de quienes ya hemos hablado, y que estaban presas donde él, les faltaba lo necesario, les hizo entregar vestidos y dinero, escigiendo que jamas intentasen descubrir quien se los daba.

Lo mismo hizo con el baron de Beausoleil, detenido en la Bastilla, quien se sorprendió mucho al recibir un dia la visita de un eclesiástico, quien le dijo:

—Señor, tengo orden de hacer que os tomen la medida de un vestido, y de rogaros que digais el género de que lo quereis, sin que os informeis de quién os lo da.

Tal era el hombre á quien el inflexible, el feroz cardenal tenia preso, y á quien rehusó hasta su última hora devolver la libertad....

Ah! si el abad hubiese sido algun hábil envenenador!....

Llegamos al fin de la historia del clérigo-ministro, ó mas bien, de ese clérigo rey, inmutable y despiado como el destino.

Su última víctima fué el conde de Montrésor, culpable de haber recibido en depósito, el oro y las alhajas de la duquesa de Chevreuse, obligada á fugarse para escapar de la persecucion que le habia merecido su frialdad hácia Richelieu, enamorado de sus encantos.

El conde de Montrésor, lo mismo que el abad de Saint-Cyran, no salió del Torreón de Vincennes, sino despues de la muerte de su perseguidor.

Pero no porque moria un tirano dejaba la tiranía de ser ni ménos viva, ni ménos espantosa bajo esa monarquía tan pomposamente alabada.

Los hombres pasaban; pero los principios vivían.

Era siempre el débil humillado bajo el dominio del fuerte.

Era el buen derecho sucumbiendo bajo la violencia.

Y sin embargo, aun hoy hay gentes que elogian ese régimen....

Perdónales, gran Dios!

## V.

Cautividad y evasion del duque de Beaufort.—Chaviguy convertido de gobernador en preso.—Los príncipes de Condé y de Conti.—Fouquet, Talon, Lauzun, &c.—Brujos y Brujas.—Las llaves de estaño.—Dias tristes y noches alegres.—Traicion.—El príncipe de Riccia.

Luis XIII habia muerto.

Pero Luis XIV, ó mas bien la reina madre Ana de Austria, le sucedía.

Richelieu habia muerto.

Pero á ese clérigo audaz, profundo, implacable, sucedía un clérigo astuto, cobarde y cruel.

Mazarin, sucediendo á Richelieu, era la serpiente remplazando al tigre.

Los dos, dicen los historiadores de agua de rosa, se proponían el mismo fin, fin loable; la humillacion de los grandes!

Hermosos pensadores que hallais eso tan loable, os preguntaremos:

—Si no hubiese sido mas loable querer la elevacion de los pequeños y trabajar para lograrla?

Dónde habeis visto, señores, que el aminoramiento de los derechos y de las facultades fuese un progreso?....

Pero aquí, nuestra mision es narrar los hechos.

Uno de esos grandes que á Mazarin importaba humillar, era el duque de Beaufort, nieto de Enrique IV é hijo de César Vendôme, de quien hemos hablado en otra parte.

Era un hombre singular, á quien habia sido imposible hacer aprender nada en su juventud.

Apénas sabia leer y firmar su nombre.

Algunas veces, sus escurriduras de lenguaje eran prodigiosas.

Con todo, no le faltaba talento, y ademas, estaba dotado de un valor muy grande.

Este hombre era adorado del pueblo, tanto á causa de su buen humor, de la incorreccion de su lenguaje, tanto por el odio que tenia á Mazarin.

Se le llamaba el rey de los *Mercados*.

Lo era en efecto, y esa monarquía lo hacia temible al ministro.

No era difícil, sino peligroso hacer temblar al astuto cardenal.

La pérdida de Beaufort fué resuelta.

Siguiendo en esto el ejemplo de Richelieu, quien se habia desecho de sus mas temibles enemigos acusándoles de conspirar contra su vida, Mazarin pretendió haber descubierto un complot cuyo gefe era el duque de Beaufort, y con el fin de asesinarle, un dia que debia ir á la aldea de Maisons.

Ana de Austria no habia consentido sino difícilmente en prestarse á esta intriga.

Amaba á Beaufort, á quien en los primeros dias de las conmociones de la menor edad, habia confiado la guardia del jóven rey; pero dominada por Mazarin, se habia rendido y habia firmado la orden de prision.

El 14 de Julio de 1645, hácia la noche, volviendo el duque de Beaufort de caza, entraba en el Louvre, cuando encontró á la señora de Vendôme, su madre, y á la duquesa de su cuñada.

Dijéronle que desde por la mañana no se hablaba mas que de un complot de que se le creía el gefe, y le obligaron á que se ocultase por algunos dias, de miedo de que se apoderasen de su persona ántes de que el negocio se aclarara.

—Yo!—respondió el duque,—me esconderia porque á ese bribon se le antoja temblar sobre su cadalso!.... Ah! *maestro faquino*, eso seria hacerte un hermoso juego!

E inmediatamente fué á ver á la reina, á quien halló en su gabinete y quien le hizo un recibimiento tan gracioso, que ya Beaufort habia olvidado lo que le habian dicho su madre y su cuñada, cuando entró el cardenal al aposento de S. M.

Entónces recordó Beaufort lo que habia pasado, y fué vivamente al encuentro del ministro.